

Precio en Madrid para los suscritores al Museo por un año. . . 20 rs.  
Se suscribe en el Gabinete literario, calle del Principe, Madrid.

No se admiten suscripciones á este periódico solo, sino con el Museo.  
REDACCION, C. DE SANTA TERESA, N. 8.

Precio en provincia para los suscritores al Museo, por un año. . 24 rs.  
Se suscribe en casa de los corresponsales del Estab. de Mellado.

## SUMARIO.

**ARTÍCULOS.** De la esclavitud en la costa oriental de Africa.—Las Pascuas de Navidad, por don Eduardo Garrido.—Maravillas del arte y de la industria, por don Francisco Fernandez Villabrille.—La Huérfana de los Pirineos, novela por don José María Goizueta.  
**GRABADOS.** Mercado de esclavos en Mascate.—LOS PIES Y LAS MANOS, estudios de espresion.—LAS BELLAS ARTES EN CARICATURA, la pintura, la escultura, la música, las letras.

### De la esclavitud en la costa oriental de Africa.

Hoy que tanto se ocupan las naciones civilizadas de la esclavitud de los negros y de la trata mercantil de estos infelices, estamos ciertos de que se leerán con interés los siguientes pormenores relativos á uno de los principales mercados de esclavos, y á la posicion escepcional en que se encuentran estos miembros desheredados de la grande familia humana.

La esclavitud entre los árabes, no es lo que comunmente se cree en Europa; el africano introducido en la casa del ára-

be su señor, no tarda en formar parte de la familia, y á menos de una perversidad muy grande ó un escetivo amor por la libertad, que no suele ser comun, rara vez sucede que el negro que ha pasado solo tres meses al lado de su amo piense volver á su pais, y esto no ocurriría nunca sino fuese por la brutalidad escepcional de ciertos patrones, ó por los malos consejos de algunos embaucadores, que trabajan incesantemente en procurar la desercion de los esclavos para apropiárselos, ó para adquirirse una recompensa, devolviéndolos á su dueño. A estas causas se unen los lazos frecuentes que se establecen entre un negro y una negra que residen á gran distancia el uno del otro. En este caso, uno de los dos se deserta con el objeto de instalarse cerca del otro, y cuando el amor ha perdido su primitivo ardor, el marron vuelve á casa de su amo, quien generalmente escucha la confesion del culpable, y se contenta con reñirle y sonreír al mismo tiempo. Esta moderacion que por otra parte es característica de los árabes, encuentra su explicacion en el infimo precio de un esclavo, y en el poco uso que se hace de él, sino es en ciertos momentos de grande actividad, como sucede en las epocas de las sementeras y las recolecciones.

Antes de gozar este bienestar moral y material que ha-

lla bajo el techo del árabe, el africano, arrancado de su pais natal, tiene que sufrir crueles pruebas, y esponderse á muchos géneros de muerte; los guerreros del interior suministran al comercio de la costa un grande contingente de esclavos; una poblacion invade por sorpresa una aldea inmediata, y saca de ella todo lo que no ha tenido tiempo de ocultarse en los bosques. Cuando la expedicion ha terminado y ha cesado toda clase de resistencia, los vencedores se reparten los prisioneros, y todo aquel que es viejo, está enfermo ó herido de tal manera que no ofrece probabilidades de una venta lucrativa, recibe la muerte sin compasion.

La suerte de aquellos que se han fugado á los bosques no es menos terrible, pues en general mueren á consecuencia del hambre ó de la enfermedad. Los que se conceptuan buenos para los mercados de la costa, reciben pesados fardos de marfil ó de goma copal, y deben hacer sesenta, ochenta y hasta cien jornadas al través de los desiertos, sin tener para sostenerse mas que un alimento mal sano y poco abundante.

Si alguno de los esclavos enferma durante la marcha, sus conductores le matan en presencia de sus mismos compañeros: esta barbarie dictada por la avaricia de los mercaderes, tiene por objeto escitar á los restantes á que caminen con



Mercado de esclavos en Mascate.

valor, y á prevenir igualmente la inclinacion muy natural de los esclavos á fingir una enfermedad para quedar detrás y fugarse en seguida á los bosques. Nada hay tan triste como el aspecto desgarrador de los esclavos á su llegada á la costa.

El mercado de Zanguebar proporciona esclavos para todos los puertos de la costa oriental de Africa, situados entre *Pangany y Lindy*, y llevan allí hasta los esclavos de las posesiones portuguesas de *Mozambique*. Están ordinariamente desnudos; se han visto bageles de sesenta toneladas que han contenido cuatrocientos esclavos, pues cada metro cúbico de la embarcacion recibe siempre de cinco á seis esclavos. El viaje, siendo feliz, se hace á lo mas en seis dias. Estos desgraciados van desnudos, espuestos al frio, á la lluvia, al sol, casi sin alimento y sin agua para beber; los esclavos comen y beben una vez al dia, y cuando el agua es abundante se les da á discrecion; pero en ningun caso se hace uso de esta generosidad para los viveres.

No es fácil pintar el dolor que espresan durante la travesia estas pobres caras que ven el mar por la primera vez de su vida; el terror y el mareo luchan allí de un modo extraordinario; por todas partes no se oyen mas que clamores: todos quieren levantarse y respirar el aire, pero las gentes de la tripulacion, prudentemente repartidas entre estas masas de esclavos, que dentro de algunos dias llegarán á ser sus amigos, y que son sus hermanos de origen, los contienen en sus puestos respectivos, y mezclan á la necesidad del argumento irresistible del palo las injurias verbales; todos vuelven á ocupar sus sitios, y no se oyen mas que agudos quejidos, hasta que se originan motivos para nuevas inquietudes.

Imposible es imaginar el infecto conjunto que forman los esclavos allí apiñados. Si tuvieran los esclavos la facultad de salirse de sus puestos, podrian arrojándose todos á un mismo borde comprometer la débil embarcacion que los conduce, y por eso cada cual permanece en su mismo sitio hasta el arribo. Estas horribles posiciones, el miedo, el hambre, la sed, el frio, las fatigas y acaso los pesares, originan en poco tiempo fiebres tifóideas terribles, y se ven á muchos de estos seres desgraciados morir delirando en la postura mas incómoda y extravagante. Sus compañeros presencian estas escenas temblorosas y horrorizadas.

Los mercados de la costa se proveen ademas de otra manera; los ricos mercaderes del interior, y mas comunmente los reyes, tienen un gran número de esclavos varones y hembras empleados en el cultivo de la tierra, en la caza y en la custodia y cuidado del ganado. Estos esclavos no son jamas vendidos; pero todos los años, los señores arrebatán á aquellos infelices padres á sus mejores hijos para venderlos despues á los árabes. Esta clase de esclavos únicamente compuesta de jóvenes de ambos sexos no se ve sometida á tan crueles privaciones; los cuidan mas mientras viajan y llegan al puerto en el mejor estado. Casi todos los esclavos *muyasos y maravis* pertenecen á esta categoria. Es probable que por este motivo, estas dos razas de negros, acostumbradas desde la infancia al cautiverio, sean de un carácter mas tratable, y se hallen mejor dispuestas á sufrir el yugo de sus dueños. Las hembras sea cualquiera el pais de que procedan, no se someten jamás al mal tratamiento de los varones, especialmente si son bonitas, y por eso á su llegada aparecen por lo comun alegres, mas vigorosas y en mejor estado de salud. Los mercaderes saben muy bien que una joven esclava vale tanto como cuatro esclavos.

Mientras los negros están bajo la dependencia de los mercaderes, no reciben otra asistencia que la que se consagra á los animales en circunstancias análogas. Por último, arriba la embarcacion delante de Zanguebar, y al punto saltan los negros en tierra, y cada traficante, despues de colocar sus esclavos en el mejor orden, los conduce hácia su casa donde los lava, los afeita y los clasifica segun sus cualidades.

Las mugeres aparecen en primera linea, y las que son jóvenes y bonitas son adornadas con singular esmero; pintan su cara con diversos colores, y las ponen en la nariz, en las orejas, en el cuello, en los brazos, en los dedos y en las piernas, una infinidad de anillos de oro, de plata y de cobre. Peinan su cabellera con sumo cuidado; adornan sus cabellos con flores odoríferas, y desde la cabeza hasta los pies, reciben un baño de aceite saturado de benjui, y en seguida las cubren con velos transparentes de algodón, de lana ó seda. Despues las matronas mas experimentadas las enseñan á andar con elegancia, á sentarse, á descansar y otros ejercicios de pura voluptuosidad.

Despues de esto vienen las amonestaciones respecto á la conducta que deben tener mientras estén en el bazar. La pobre madre que ha sido violentamente separada de sus hijos y de su padre, deberá fingir la mas completa alegría, porque es una de las condiciones para la venta. Una vez indicada esta orden, el mercader escucha atentamente las respuestas del esclavo al comprador, y con el palo siempre dispuesto á castigar su indiscrecion, obliga á la negra ó al negro á fingir una inocencia que realmente no tiene. Nada hay tan curioso y triste al mismo tiempo, como presenciar las artimañas de estos seres desgraciados, sus posiciones estudiadas para atraer las miradas del comprador indeciso. Aun cuando se les recomienda este plan de conducta, puede decirse que es tambien el resultado de sus propios sentimientos, pues para estas infortunadas criaturas, salir del yugo del mercader de esclavos, abandonar el establo donde pasan las noches y las tres cuartas partes del dia, es el sueño dorado de todos sus instantes.

A los hombres los lavan y los frotan con aceite de coco, y les dan un pedazo de tela de algodón comun llamada *baracate* para cubrir parte de su desnudez. Los mas jóvenes se ponen ademas un gorro encarnado y blanco que paga el comprador aparte.

Desde el momento que los aficionados tienen noticia de la llegada de un nuevo cargamento de esclavos, acuden á casa de los mercaderes, cuya residencia es conocida de todo el mundo, y allí examinan á los recién desembarcados á toda su satisfaccion; pero de seguro, son las mugeres el objeto de esta afanosa actividad.

Los esclavos son visitados de esta manera por espacio de dos ó tres dias, y durante este tiempo los alimentan bien; se procura reparar los desórdenes ocasionados por el viaje y la abstinencia. En fin, el dia señalado á las tres y media de la tarde, todos los esclavos, despues de adornarse convenientemente, marchan en una linea, los hombres delante, y las mugeres detrás, vigilados por tres ó cuatro asociados, ó

criados del mercader principal, con direccion al bazar de los esclavos, que se abre todos los dias á esta misma hora.

Cuando se ve transitar por la calle una de estas tristes y silenciosas columnas, se observa en el semblante de cada uno, sus distintas categorias y sus diferentes impresiones. Las esclavas jóvenes saben que van á ser compradas para llegar á ser las favoritas de sus nuevos amos, sin que haya una sola que ignore su destino; no hay una, repetimos, que enterada de las costumbres de los árabes, no forme los proyectos mas brillantes y seductores acerca de su porvenir, por fea, por vieja que sea una esclava, supone siempre que seducirá á alguno con sus atractivos; por esto vemos, que la negra es muger como todas las hijas de Eva; no hay una que no alimente esta ilusion. La idea culminante de estas mugeres es agrandar al señor mas rico; sus caras respiran alegría y esperanza, y procuran de esta manera atraer las miradas de los transeuntes.

Pero en el rostro de los esclavos varones solo se ve la expresion del asombro, ó la de la estupidez mas extraordinaria. Si su mirada se anima en alguna circunstancia, y se despoja de aquella expresion brutal tan comun, es á la vista de alguna tienda donde una negra anciana ha ordenado sus frutos del mejor modo posible para atraer la golosina del transeunte. Los hombres de edad madura llevan la expresion del pesar, la tortura y la desesperacion. Cuando encontramos una de estas miradas salvajes y desesperadas, sentimos no poder comprarlos todos y devolverles su libertad.

Los curiosos y los aficionados aparecen en gran número en el bazar de los esclavos. Aquí se ve á un árabe anciano que se aproxima á cierta joven negra de ojos grandes y brillantes, de mirada inquieta, que observa los gestos del mercader. El árabe se adelanta, brillan sus ojos, y coge entre sus manos la cabeza de la muchacha, la inclina á derecha é izquierda, mirando alternativamente si los ojos son buenos. El árabe manda á la pobre negra que abra la boca, y examina su dentadura con especial cuidado; luego la cabeza, las espaldas, los brazos.... Terminado este exámen, parece que el comprador debería estar satisfecho: todavia falta mas; el mercader lanza muy lejos el palo que tiene en la mano, y la joven debe ir por él corriendo: y esta segunda prueba sirve para que el comprador vea que no existe ningun defecto en el movimiento general y particular del cuerpo y de las piernas. Viene en seguida el momento del interrogatorio. La negra responde con embarazo fingido ó verdadero, lo cual depende de las circunstancias de su educacion; pero creemos que lo que la turba mas es la mirada amenazadora del traficante que está apoyado sobre un palo y que la escucha con atencion. El comprador se anima cada vez mas, y no queda ya otra cosa para cerrar el trato que hacer la última inspeccion, que felizmente han tenido los árabes el pudor de prohibir se verifique en público hace algun tiempo. El mercader hace una seña y la esclava entra en un pequeño cobertizo mal cerrado, pero bastante respetado por los curiosos. Allí caen todos sus velos, y queda de este modo desnuda y espuesta á las miradas de aquel que ha de llegar á ser su dueño, el cual la examina minuciosamente. El mercado queda concluido, y la esclava es entregada á una anciana que la cubre con sus velos y la conduce á su nuevo domicilio.

Los hombres son examinados del mismo modo, los ojos, los dientes, la voz, los brazos, las piernas, y seguidamente viene la carrera de rigor y la venta.

En otras ocasiones, los mercaderes, para animar á los espectadores hacen una venta á guisa de subasta; uno de estos traficantes pone la mano sobre la cabeza de un negro, y dice su edad, sus talentos, el pais de donde procede, etc., etc., y grita al mismo tiempo las diversas pujas á que ha dado lugar, y últimamente se adjudica al mayor postor.

L. Y.

(Se concluirá.)

### Las pascuas de Navidad.

Perdona, lector benévolo, si para darte las pascuas, agarro, en vez de la lira, la zambomba ó la chicharra.

Harto el cuerpo de cumplidos y de plácemes el alma; semi-destrozado el timpano con la pascual algazara,

Y aveciado en Belen, hace mas de tres semanas, la tal música es la música que á mi pobre musa cuadra.

¿Ni qué vate emplearía, á no ser un vate rana, sus concepciones poéticas en descripcion tan prosaica?

Desde tiempo inmemorial, aquí, lo mismo que en Francia, se santifica esta fiesta gastronómico-cristiana,

Buscando al *vinum letificat* su interpretacion mas lata, y siguiendo *ad pedem literæ* del tragon Elio las máximas.

En los palacios espléndidos, como en las pobres barracas, agudase con afan efeméride tan santa,

Y los fervorosos fieles, *in Dei gloriam*, se atracan, y se ponen como zaques, y como becerros cantan.

Es de ver, en tales dias, la barahunda, la zambra, que, por do quier se promueve, en la villa coronada.

A las puertas de sus muros se agolpa, de toda España, una inmensa muchedumbre de hombres y bestias de carga.

Otra muchedumbre inmensa en cada calle se afana por vender sus provisiones á fuerza de pregonarlas,

Mientras la Plaza Mayor, de gente se vé cuajada, y de fruta, y de mas aves que hubo de Noé en el arca.

Elévanse magestuosos, en el centro de la plaza, montes, cuyas dulces crestas acreditan las de Jauja.

Al paso que en los portales se hacen fuertes muchos maulas, contrincheros de un turron que equivale á la jalapa.

Por entre aquel *mare magnum* los consumidores nadan, procurando abrirse calle á codazos y á patadas;

Ebrios de placer los unos al par que los otros rabian, y unos y otros promoviendo la general zalagarda.

Disputanse los que venden, de la venta las ganancias, y por esplotar al prójimo, frecuentemente se cascan.

Las maritornes robustas, á la potencia elevadas de gallegos interinos, van de sus amos en zaga

O las sustituye un mozo, que por el peso que aguanta, mas que mozo es un camello; una acémila empujada.

Y las gentes van y vienen y se estrujan y se aplastan, y de aquel rio revuelto su pesca los Cacos sacan.

¡Qué batahola! ¡qué ruido! ¡Babilonia fué una balsa de aceite, si en Navidad, con la corte se compara!

En vano del ruido huyendo, se refugia uno á su casa, que allí, para su desdicha, nuevos Belenes le aguardan.

Sea célibe ó casado, hijo de Madrid, ó pária, no se libra de seguro de una jaqueca.... ¡y mediana!

Si no en la casa en que habita, en las otras inmediatas, siempre sobran angelitos que le embromen y distraigan.

Y mientras que uno el rabel domina, rasca que rasca, otro la zambomba coge y toca, como quien maja.

Ademas, entonan coplas, ó, mejor dicho, las grazaan, é imitando á los Crispines con arpegios de chicharra,

Tanto aburren al paciente merced á la gresca que arman, que, al fin, del difunto Herodes se comprende la humorada,

Pero como en este mundo las contras y las ventajas, sea por *fas* ó por *nefas* suelen estar compensadas,

Gózanse pascuales dichas entre las pascuales lástimas, y por una *Noche-Buena* se truecan noches muy malas.

Conocido es el refran que se refiere á una plaga, la cual, con gusto, no pica, si bien con gusto se rasca.

Siendo esto así, no es extraño, que, segun costumbre rancia, ante una espléndida cena no arredre una dieta larga.

La tal costumbre, en Madrid, se encuentra tan arraigada, que, entre las clases mas pobres mas bien se sufre la falta

De los garbanzos, un mes, ó del pan, una semana, que la ausencia del besugo en noche tan señalada.

Lo malo es, que, tras la cena, por esas calles se lanzan, y tienen tal aficion, á remojar la palabra,

Que á fuerza de libaciones, las fauces se les ablandan, y cuando cantar pretenden, los menos peneques balan.

Decir que se arman camorras en noche tan toledana, equivaldria á decir una gran perogrullada:

Sabido es, que las doctrinas de los autores de Arganda son de suyo pependieras, y con saber esto, basta.

La noche de Navidad huye ante el dia de Pascua, y al ciudadano pacífico nuevos disgustos le asaltan.

El cartero, el aguador,  
el sereno, el rapa-barbas,  
el sastre, la lavandera  
y otra porción de alimañas,  
Piden en prosa, ó en verso,  
por escrito, ó facha á facha,  
y de dar medias pesetas  
la dócil mano se cansa.

Luego viene el ordinario,  
y por cuatro zarandajas,  
entre propinas y portes  
deja la gaveta exhausta.

Para coronar la fiesta,  
la noche, en que el año acaba,  
se mete la mano en cántaro  
y del cántaro se saca

Una cruz, que, aunque interior,  
es siempre una cruz pesada  
para el cristiano que lleva  
diez cruces á sus espaldas.

Y si, rodando la bola,  
la tal cruz se nos engancha,  
como se han visto ejemplares,  
del faldón de la casaca.

Entonces ó el dicho cántaro  
es de Pandora la caja,  
ó las frentes que están libres  
del rayo, no son tan raras.

Y aquí me permitirás,  
¡oh lector de mis entrañas!  
que con un punto termine  
estas zambombras Pascuas.

E. GARRIDO.

## Maravillas del arte y de la industria.

### INTRODUCCION.

Nada hay que pueda escitar tanto en nosotros el sentimiento de la dignidad del hombre, como el espectáculo de sus maravillosas creaciones. En ellas y en la inteligencia que las concibe, se ve brillar un destello de aquella luz divina infundida al hombre cuando fué criado á imagen y semejanza de Dios. Si hay otros seres que en fuerza ó en la perfección de los sentidos aventajan á el hombre, este posee sobre todos los seres de la creación, la inapreciable ventaja de la inteligencia, del uso de razón que particularmente le distingue, que le hace aumentar de día en día sus conocimientos y que incitándole á su alto destino, le pone en posesión del dominio del mundo como de su verdadera esfera de acción y le hace ser como un Dios en la tierra.

No vamos, sin embargo, á considerar al hombre en el mas alto grado de su perfección terrestre, ni en sus prerogativas y relaciones morales con el Criador: el título puesto á la serie de artículos que nos proponemos escribir, revela bastante que nuestro objeto es solo considerar al hombre en cuanto es capaz, auxiliado por la ciencia, de llegar á la mayor perfección en las artes y en la industria, esa especie de creación que tanto atestigua la dignidad humana. Vamos solo á considerar y apreciar los resultados de la acción inteligente del hombre sobre la materia, y aun así nuestro campo es vasto y la tarea inmensa, porque en el estado actual y atendido el dominio que el ser racional ejerce sobre todas las criaturas, se puede decir que el hombre manda y la naturaleza obedece.

Los elementos, los animales mas feroces, son dominados por él, y desde las entrañas de la tierra, del seno de las montañas y del fondo de las selvas, vienen las piedras, los metales, las maderas y otros esquisitos materiales á transformarse á su voz, y á recibir en sus manos las mas nuevas, útiles y seductoras formas.

Inventa medios, no solo para trasladarse con rapidez increíble de una á otra región, sino para articular sus pensamientos y transmitirlos á largas distancias con la velocidad del rayo.

Con auxilio de la ciencia, aplicada á las artes industriales, inventa nuevos procedimientos; máquinas, desde el mecanismo mas sencillo al mas complicado, y amenizando su existencia con nuevos goces, debidos á los productos de su industria, embellece la superficie de la tierra y parece que añade perfecciones á la naturaleza misma.

Entre esas maravillas de la industria que van á ser objeto de nuestro estudio figurarán sucesivamente el vapor—caminos de hierro—gas—globos—caminos—puentes colgantes—telégrafos—navegación—pozos artesanos—molinos—minas—asfalto—porcelana—tegidós—seda—papel—crystal—tintes—azúcar—relojes—joyería—galvanismo—daguerrotipo—litografía—tipografía—pintura—escultura—arquitectura—etc., etc.

En una palabra, recorreremos desde la primera de las artes, la agricultura, desde las primeras industrias de la caza y de la pesca, para apoderarse de las producciones espontáneas de la naturaleza, hasta las mas sublimes concepciones modernas aplicadas á las necesidades y aun al lujo. Veremos que muchas de esas invenciones que ahora se miran con indiferencia, porque á ellas estamos acostumbrados, hace muy poco que fueron desconocidas y causaron la misma admiración que hoy causan otras de que todo el mundo se asombra y maravilla.

La tarea nos parece interesante, análoga á el título é indole de este periódico, útil en nuestra patria donde tanto interesa reanimar la abatida industria, y con cierto interés de actualidad, ahora que todas las naciones han hecho alarde, con noble emulación de los productos de su industria, ahora que acaba de realizarse un proyecto gigantesco, la *Exposición Universal de la Industria*, que tanto eco ha tenido en todas las partes del mundo.

Ya que en tan repetidas publicaciones nos hemos ocupado siempre de los *intereses morales*, tiempo es ya de conceder un poco de atención á los *intereses materiales* á cuya sombra hay paz y prosperidad en las naciones.

### I.

#### ANTIGUAS MARAVILLAS DEL MUNDO.

Merecen naturalmente la primacia aquellas obras portentosas que desde la mas remota antigüedad se designan con el título clásico de *maravillas*. Siete son las mas celebradas, las que escitaron la admiración de los contemporáneos y las que los autores suelen enumerar por el orden siguiente:

**Los muros y jardines de Babilonia**, mandados construir por la reina Semiramis. Los jardines eran aéreos, en terrados sostenidos por fuertes y numerosas columnas, y regados por acueductos secretos. Los muros de ladrillo que daban vuelta á la ciudad, tenían cincuenta pies de espesor por doscientos de alto y sobre ellos pasaban de frente dos carros. En todo el ámbito de los muros había cien puertas de bronce y los ladrillos unidos con betún, presentaban una solidez incontrastable.

**La casa de Ciro**, rey de los Medos, la que Memnon formó con arte admirable, uniendo con oro las piedras entre sí.

**La estatua de Júpiter Olímpico**, ejecutada en marfil por el célebre escultor Fidias, que á la belleza artística reunió todo el imponente aspecto de la divinidad.

**El templo de Diana**, en Efeso, que tardó doscientos veinte años en hacerse para ser la admiración de toda el Asia. Tenía ciento veinte y siete columnas de sesenta pies de alto y cada una de ellas había sido costeada por un rey. El orden de arquitectura era jónico y todo el templo tenía cuatrocientos veinte y cinco pies de largo.

**El coloso de Rodas** que era una enorme estatua de Apolo ejecutada en el espacio de diez años por el escultor Chares. Era de bronce, de setenta codos de alta y colocado sobre dos promontorios á la entrada del puerto de Rodas, de modo que los navios pasaban á toda vela por entre las piernas de la estatua. Había en el interior de ella escaleras por las que se subía á la parte superior, desde la que se gozaban dilatadísimas vistas: de el nombre de esta estatua proviene el llamar *colosal* á todo lo que supera las proporciones ordinarias.

**El Mausoleo**, ó sea el sepulcro que Artemisa reina de Caria mandó formar á su esposo Mausoleo. Era este monumento todo de mármol blanco, con treinta y seis columnas y todo de maravillosa labor que superaba á la materia. Cuatro distintos arquitectos ejecutaron las cuatro fachadas que correspondían á los cuatro puntos cardinales del mundo; pero Pythis fué el que elevó la gran pirámide que terminaba el monumento y sobre la que colocó una cuadriga ó sea un carro con cuatro caballos, todo de mármol. Del nombre de este cenotafio proviene el llamar *Mausoleo* á todo sepulcro suntuoso.

**Las pirámides de Egipto**, así llamadas por estar situadas en la llanura de Menfis á tres leguas del Cairo. Son muchas las pirámides que para su sepulcro hicieron levantar los antiguos reyes de Egipto á fuerza de brazos y de indecibles gastos. Hasta unas cincuenta se podrán contar todavía en distintos sitios, todas creciendo en disminución y formando gradieria las enormes piedras de que están construidas. La pirámide mayor es la llamada de Cheops, que tiene cuatrocientos cuarenta y ocho pies de alto, por setecientos veinte y ocho de ancho, habiendo tardado trescientos sesenta mil obreros veinte años en construirla. Esta pirámide es la que con justo motivo llena de asombro á los viajeros.

Suelen tambien citarse entre las maravillas del mundo, el *Faro de Alejandria* y el *Templo de Jerusalem*, y sobre todo la suntuosa fábrica del *Escorial*, que se alza con el pomposo renombre de *octava maravilla*, y por lo tanto digna de ser descrita en artículo especial.

De todas estas antiguas maravillas, solo una, la de las pirámides de Egipto, es la que aun subsiste en nuestros dias como desafiando el poder de los siglos. Las demas han ido cediendo al influjo destructor del tiempo, y solo viven en la historia. El Coloso de Rodas vino á tierra á impulsos de un terremoto, y con sus despojos de metal, que por mucho tiempo permanecieron abandonados, hubo para cargar novecientos camellos. El templo de Diana fué víctima del voraz incendio que le comunicó la mano temeraria de Erostrato, un oscuro ciudadano de Efeso, 356 años antes de Jesucristo, y precisamente en el mismo dia en que nació Alejandro Magno. Por este medio, no pudiendo conseguirlo por otro mejor, creyó Erostrato distinguirse, adquirir renombre y vivir en la memoria de la posteridad. El amor de la gloria, de la fama póstuma que ha impulsado siempre á las acciones meritorias, y á quien se le deben las mas sublimes invenciones é impecederos monumentos, fué el móvil de la inicua acción de Erostrato, ansioso por inmortalizarse: como si importase algo vivir en la memoria de la posteridad, cuando no es para que los hombres admiren constantemente los esfuerzos de la virtud ó los mas útiles y heroicos hechos.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

### El río de las Amazonas y sus bosques.

Cuando el célebre marino portugués Caldeiro penetró por primera vez en 1615 por las vegas del río de las Amazonas en la América Meridional, y que se informó de los indígenas del país cuál era el nombre de aquel río, supo que muy oportunamente le denominaban el Rey de las aguas. Toda la región de dicho río es muy baja, y la naturaleza desarrolla do quiera la vegetación mas precoz. En la mayor parte de los países tropicales, origina esa misma fertilidad un sin número de enfermedades peligrosas, mientras que aqui queda este neutralizado por otros elementos convirtiéndole en bendiciones. Durante el temporal de las aguas llueve diariamente y á veces sin cesar por semanas enteras; pero á pesar de esto no se nota en la superficie de la tierra nunca agua, puesto que es tan arenosa que toda humedad desaparece así que el sol se ha abierto paso á través de las nubes, y si se exceptúan las perlas de rocío que brillan en las hojas apenas queda huella alguna de los extraordinarios aguaceros, que como arrojados por huracanes, cayeron sobre la tierra. Aun durante el tiempo de mayor sequía, que comprende los meses de junio á setiembre inclusive, llueve cuando menos una vez por semana, sucediendo que los árboles nunca quedan

despojados de su verde ropaje. Las brisas moderan muchísimo los calores y comunican á las noches una frescura que vivifica todo, evitando, así la languidez y el enervamiento que producen los climas del Ecuador de aquel hemisferio.

El río de las Amazonas, que antiguamente se llamaba Marañón, toma su origen en las cordilleras de varios manantiales, desembocando despues de un curso de 760 leguas en el mar Atlántico. Tiene algunas islas y varios puntos de extraordinaria rapidez, y una embocadura de casi sesenta millas de ancho. Ambas orillas ostentan una vegetación admirable, y en sus frondosísimos bosques, en los que puede decirse aun no ha resonado la hacha desapiadada, elevanse árboles de unas dimensiones verdaderamente colosales, en cuya espesura pueden ocultarse los pájaros de manera que aun el mas avezado cazador procuraría en vano el atisbarlos. Los formidables troncos de estos árboles tienen una configuración ya redonda, ya angulosa, y entre ellos hay pocos árboles pequeños ó arbustos, ni muchos troncos tendidos que obstruyan el paso del caminante. Por el contrario, hay una especie de vides tan extraordinariamente grandes, que serpenteándose alrededor de los troncos y entrelazándose entre el ramaje se abren paso hasta la copa de los mismos, para sobresaliendo mecerse al aire libre, y despues de descender otra vez á la tierra tomar nueva raíz multiplicándose así extraordinariamente los retoños. De esta manera hay un entrelazamiento tan grande que raras veces cae un árbol sin llevarse en pos de sí muchos otros. Esta planta enredadera se llama sepa, y como tiene la flexibilidad y consistencia de una fuerte sogá, se echa mano de ellas para la construcción de las casas y otros objetos. De los árboles penden plantas parásitas muy notables, que á veces entienden sus esbeltas y largas raíces hasta la tierra, pero de ninguna manera para buscarse su alimento, pues este lo reciben exclusivamente del árbol mismo ó del aire, por lo que tienen tambien el nombre de plantas aéreas, y son infinitas en su número y forma, sucediendo que á veces hay á docenas de estas plantas, y de diferente género, en un solo árbol, ofreciendo con la diversidad de flores y hojas un aspecto tan hermosísimo que nos sería difícil el dar una idea aproximada, percibiéndose al mismo tiempo un aroma muy agradable. En medio de esta magnificencia se nota una vida sumamente alegre en aquellos bosques, y es sumamente divertido el ver tantos monos que unos se persiguen á otros, se abalanzan á los árboles con una ligereza sorprendente, ardillas que burlándose de los perseguidores brincan de rama en rama. Por otro lado se ve la coatis, una especie de rata de bolsa del género de los delfos, que juega entre las hojas ó que trepa por los árboles en porfía con los monos; tambien hay pacasos, agutis, jabalies y conejos, que andan corriendo, retozando por allí, escapándose al mas pequeño ruido que oyen. Hasta el perezoso cuadrúpedo tan comun en los trópicos, estimulado con tanta algazara, se abalanza mas rápidamente á su árbol buscando un refugio para sin ser incomodado, entregarse á su dulce reposo. El gracioso cervatillo, corre por aquellos bosques y brinca como un cordero, no pensando que para él puede haber enemigo alguno.

¿Y qué diremos de la extraordinaria variedad de los pájaros que revolotean por entre el ramaje, con su plumaje de color tan hermoso, y su melodioso canto?

Por allí andan los papagayos que charlan, cotorras que gritan; en todos los arbustos se ve el inquieto manicor, que nunca sabe callar; casi por todas partes se oye el arrullo de las palomas silvestres, el ronco graznido de los picoverdes que se dejan ver en lo mas elevado de los árboles. Tampoco faltan los trepadores que de cuando en cuando se paran para dirigir una mirada aturrida á los que van atravesando el bosque, los bellos faisanes que vuelan de un arbusto á otro con la rapidez de una flecha. Mas hermosos empero que todos son los colibris, verdaderas joyas ambulantes, si nos es lícito expresarnos así, cuyo brillo sobrepasa casi al del diamante, y se recrea uno muchísimo en ver la indecisión de esos pajarillos si saludar esta ó la otra flor; así es que los brasileños llaman á los colibris tambien bejarflor, besaflores. Luego se ven tambien mariposas tan grandes como la palma de la mano, de color azul marino, é insectos de abigarrados colores, que dejan oír á millares su diferente zumbido.

Si el espectáculo que vamos trazando es interesante de día, no deja de serlo tambien de noche. Las flores que durante el día han llenado de suaves perfumes la atmósfera cierran ahora sus cálices, dando lugar á que otras hermanas suyas las sustituyan en esta parte mientras que las estrellas depositan sobre ellas su suave luz. La luna quisiera con su prestado brillo reemplazar en parte el luminoso astro del día, difundiendo sus rayos entre aquellas espesuras; pero solo en contorno de algun árbol caído logra mitigar las sombras doblemente tenebrosas. A estas horas sale el armadillo cautelosamente de su guarida en busca del alimento y el hormiguero empieza su obra destructora. Los troncos de los árboles se presentan como sombras, oyéndose en su derredor el zumbido de enormes insectos que han venido á ocupar el lugar de las mariposas, y entre la corteza de los mismos brillan como esmeraldas los gusanos relucientes. Las aves nocturnas dejan oír su lúgubre canto, siendo sobre todo profundamente melancólica una cuyos acentos agudos suenan como: ¡vacoroo! ¡vacoroo! ¡vacoroo!

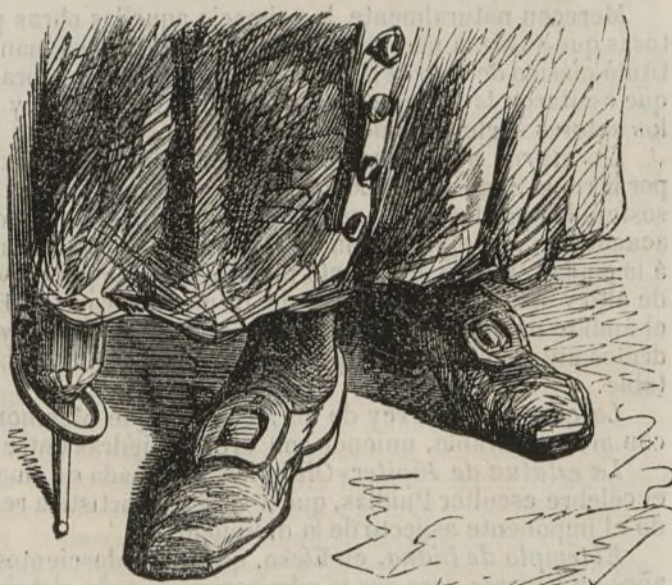
Todo esto pasa cuando el viento es bonancible; pero sobreviniendo una tempestad en estos bosques entonces cambia la escena de una manera que impone, aun al hombre mas sereno. Los truenos retumban que hacen estremecer, y los vientos desencadenados agitan los árboles tanto que algunos, que antes habían desafiado á los siglos, no pudiendo ya resistir á la impetuosidad, caen con fuerte crujido por tierra.

El río de las Amazonas recorre la provincia del Perú, Trujillo, la república del Ecuador, formando aqui la frontera contra el Perú; despues gira en dirección del Este y pasa por la provincia brasileña Rionegro, comprendiendo su curso en un todo hasta ochenta y nueve mil leguas cuadradas. Desembocan en él unos sesenta grandes rios, siendo por último su corriente y caudal tan grande que entra hasta sesenta millas dentro del mar sin mezclarse con las aguas del mismo. Sobre las orillas viven ochenta y cinco diferentes tribus, y las olas del río portean no solamente las canoas de los indígenas sino tambien las orgullosas naves de todas las naciones civilizadas.

Los pies y las manos, estudios de expresion.—Los pies.



AMAR POR TODA LA VIDA.



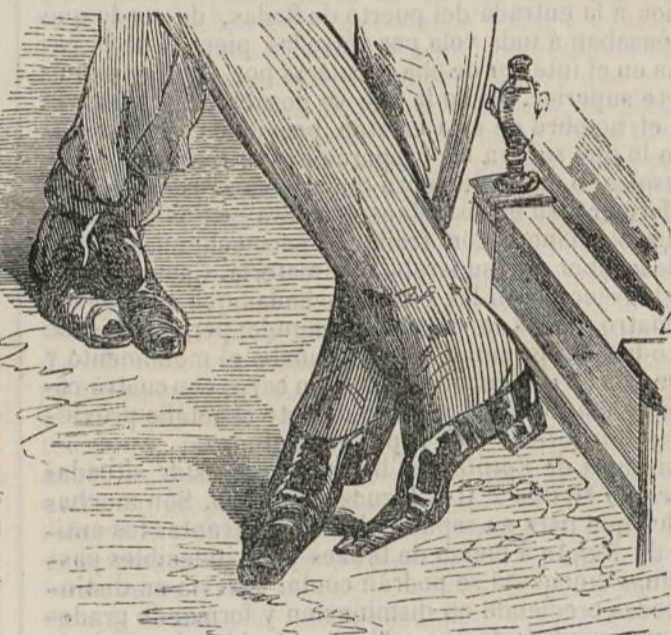
INOCENCIA.



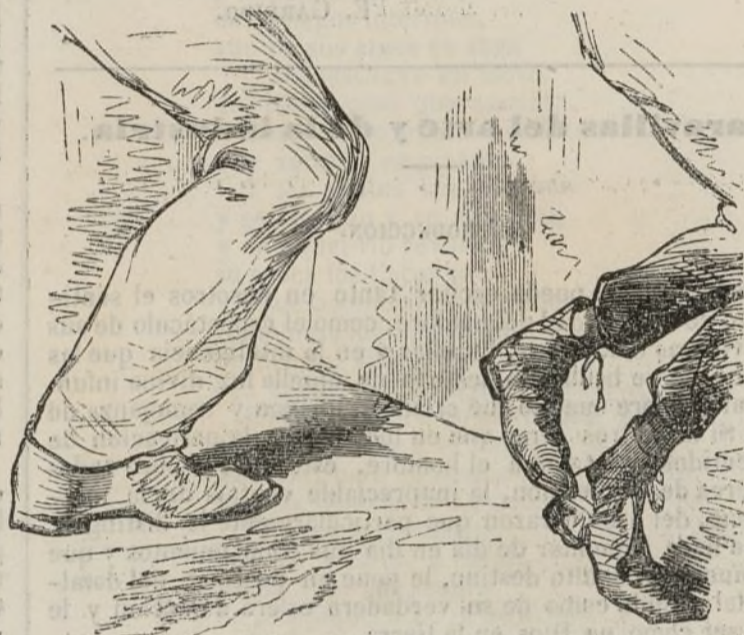
ELEGANCIA EQUÍVOCA.



EXPRESION DE ALEGRÍA.



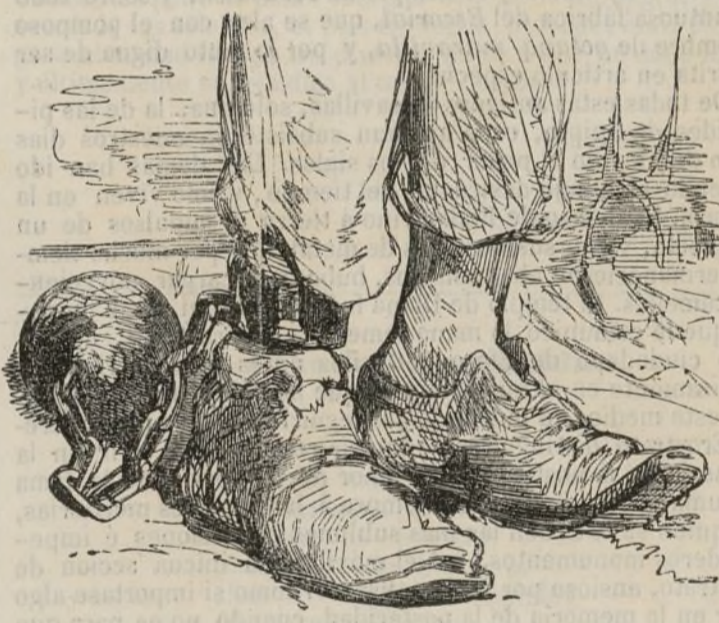
EL BETUN Y EL CHAROL, CONTRASTE.



PROBLEMA.



¡AL LADRON!... ¡AL LADRON!...



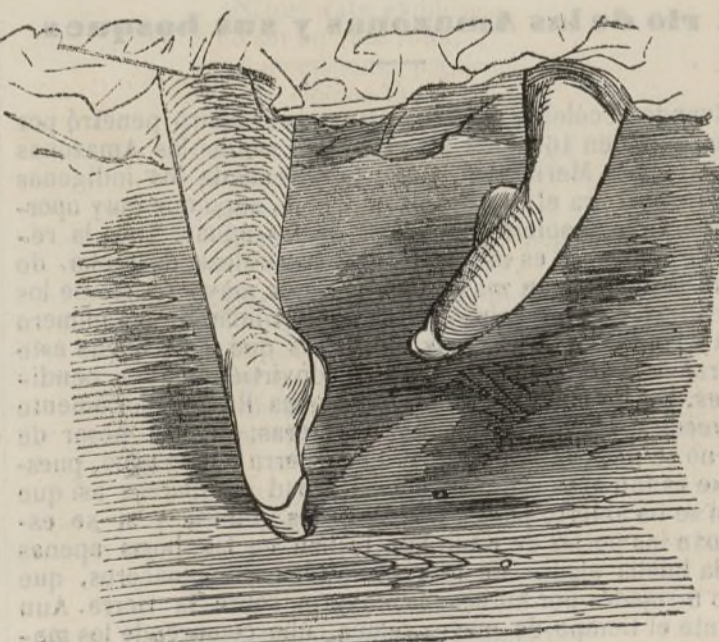
REPOSO FORZADO.



¡A LA GLORIA!... ¡A LA VICTORIA!...



SALIDA DEL BAILE.



MUGER LIGERA.

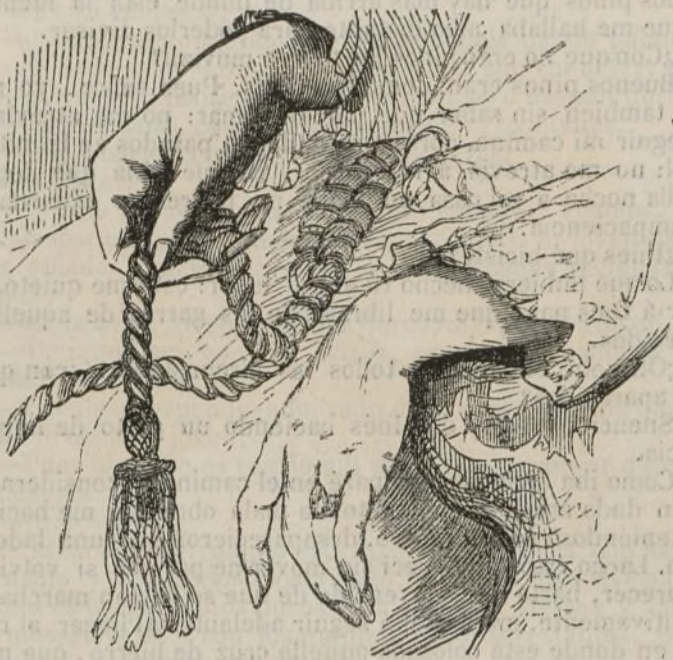


MUESTRA DE UN PEDICURO.

Los pies y las manos, estudios de espresion.—Las manos.



EL TRABAJO.



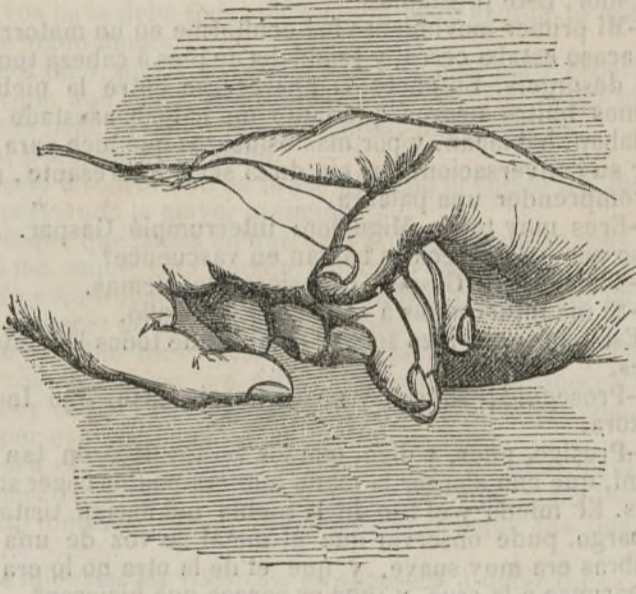
LA OCIOSIDAD.



AMARGA DECEPCION.



RAPACIDAD.



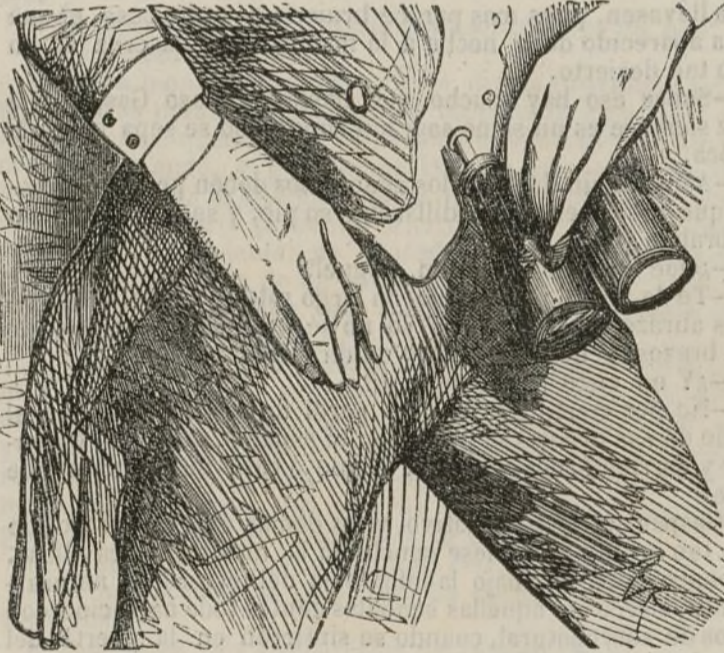
CORDIALIDAD.



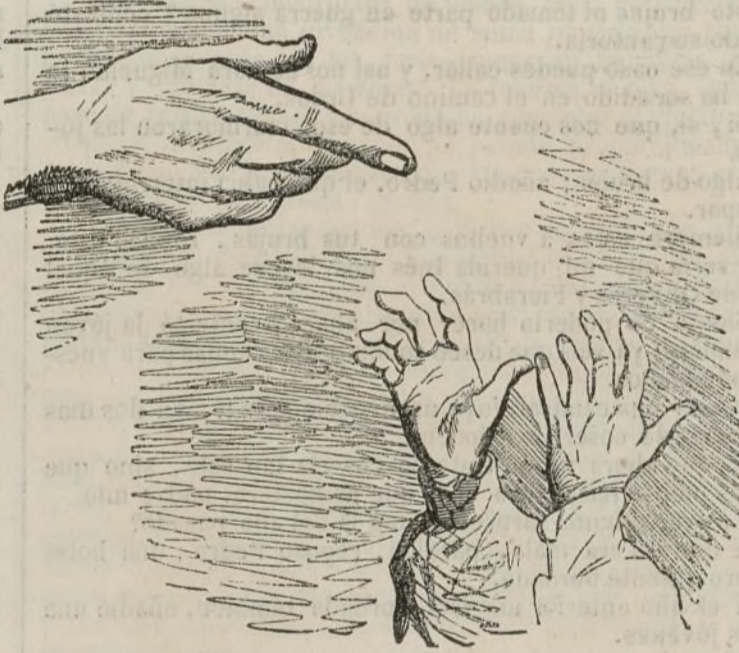
RELATO COMPLICADO.



VANIDAD SIMPLE.



FATUIDAD.



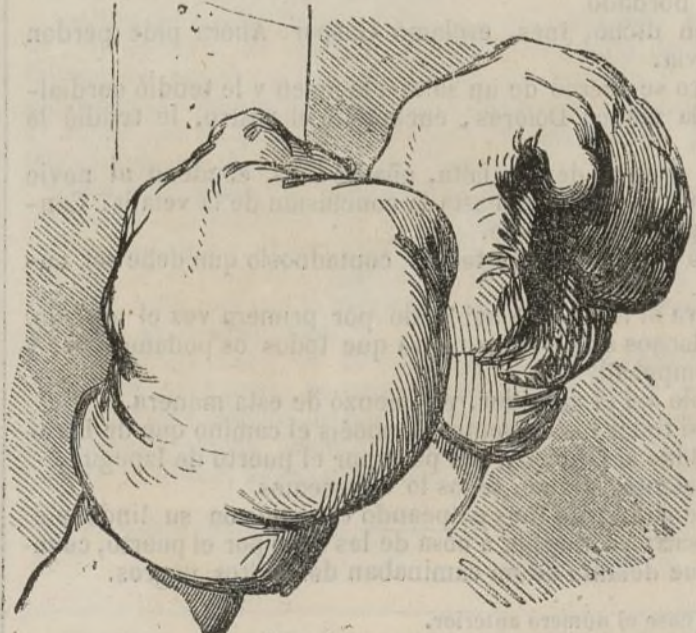
DESAFIO Y AMENAZA.



TORPEZA.



HABILIDAD.



NGLOMANIA.

## La huérfana del Pirineo (1).

## CAPITULO SEGUNDO.

## LA VELADA.

A cosa de las nueve de aquella noche, el interior del caserío de Gaspar presentaba el cuadro laborioso de toda vivienda vascongada en aquella época del año.

Ardía el hogar despidiendo llamas que iluminaban las paredes de la cocina. Gaspar tarareaba un antiguo cantar, en el cual se relataban los famosos hechos de un atleta guipuzcoano, invencible en el juego de barra, infatigable andarín, y cuyas fuerzas corpóreas habían rayado en lo fabuloso. Los vascongados no conocemos los romances de Jaime el Barbutado, Los niños de Eciya, ni de Pedro Corrientes, con los cuales se sobreescita la imaginación de los jóvenes con grave detrimento de sus costumbres. Preferimos, á fuer de vascongados, nuestros sencillos cantares de partidos de pelota, ó de amoríos de nuestros vecinos, á las narraciones de hazañas de contrabandistas y bandoleros.

Cantaba pues á voz en grito el bueno de Gaspar la dichosa canturía repitiéndola por la vigésima vez, ocupadas sus manos en fabricar abarcas, y riéndose a pulmón desplegado cada vez que las castañas que estaban asándose al fuego en su *dambolin* (2) de hierro reventaban, produciendo un ruido semejante al de un pistoletazo, y asustando á la porción femenina que se ocupaba en otras labores.

Inés, la hermosa joven que hemos visto en compañía del cazador, cosía junto al fuego, mientras otras de rostro mas tostado, aunque no menos agraciadas que ella, cardaban lino macerándolo primero entre dos tablas. Otras, en union con algunos pastores de la comarca, desgranaban el maíz, y todos finalmente trabajaban, como las abejas en una colmena, ayudándose mutuamente en sus labores domésticas, según las santas costumbres de ese país modelo, en donde se conocía el trabajo en comun muchos siglos antes que vinieran al mundo *Fourier*, *Cabet* y demás pandilla, que con recomendable modestia se titulan patriarcas de la regeneración social y de la organización del trabajo.

Un ancho sillón de paja estaba desocupado á la derecha del hogar, y una porción de heno seco y perfumado que se renovaba todos los días, yacía en el rincón próximo. Eran dos vivos recuerdos siempre presentes en la memoria del amo de la casa y de los demás miembros de su familia.

El sillón era el que ocupaba Mari, la madre anciana de Gaspar, que había muerto centenaria hacia mas de ocho años.

La porción de heno era el lecho de Bart, que había sobrevivido cuatro á su ama.

El montañés empezaba la vigésima sexta vez los cantares de *Diego Ezquerria*, cuando fué interrumpido por uno de los circunstantes.

—¡Eh! vecino; parece que en toda vuestra vida no habeis oído mas coplas que las del gigante guipuzcoano; cantadnos otra cosa mas nueva, ó contadnos sino alguna historia de guerras ó brujas.

—¿Qué demonios quereis que os cuente, amigos, si yo no he visto brujas ni tomado parte en guerra alguna? contestó cesando su canturía.

—En ese caso puedes callar, y así nos contará Miguelon lo que le ha sucedido en el camino de Urdós.

—Si, si, que nos cuente algo de eso, murmuraron las jóvenes.

—Algo de brujas; añadió Pedro, el que había interrumpido á Gaspar.

—Siempre estás á vueltas con tus brujas, replicó este. Mejor sería que mi querida Inés nos leyese algo de aquel libro de Oliveros y Fierabrás.

—Siento no poderlo hacer por ahora, contestó la joven sonriéndose; ya veis que deseo concluir esta camisa para vuestro cumpleaños.

—¿Coser una camisa! Vaya un negocio para ti; en dos días eres capaz de coser una docena.

—Es que ahora no se trata de coserla tan solo, sino que ademá pienso hacer otra cosa que os gustará, padre mio.

—Ya, ya; ¿alguna sorpresa como la del año pasado?

—Y que no era mala, pardiez, repuso Pedro; y una bolsa primorosamente bordada.

—Y el año anterior una faja bordada también, añadió una de las jóvenes.

—¿Cuando me has de regalar una cosa parecida? preguntó Pedro á la joven que acababa de hablar.

—Ya sabes que no es por falta de voluntad, le contestó, sino porque yo no sé hacer esas labores.

—Yo te las enseñaré, Dolores, y cuando te cases con ese desvergonzado, le podrás llevar, como regalo de novia, un chaleco bordado.

—Bien dicho, Inés, exclamó Gaspar. Ahora pide perdón á tu novia.

Pedro se acercó de un salto á la joven y le tendió cordialmente la mano; Dolores, encendido el rostro, le tendió la suya.

—En castigo de esa falta, añadió Inés, condeno al novio á un silencio rigoroso hasta la conclusion de la velada. Contad, Miguel, lo sucedido.

—Eso es, exclamaron todos: contadnoslo que debe ser curioso.

—Vaya si lo es, dijo hablando por primera vez el aludido.

—Colocaos en el centro para que todos os podamos ver y oír, y empezad.

Hízolo así el narrador, y comenzó de esta manera.

—Casi todos los presentes conocéis el camino que de Errazu conduce á Urdós, y que pasa por el puerto de Izpegui.

—Adelante, Miguel, todos lo conocemos.

—Silencio, gritó Inés golpeando el suelo con su lindo pie.

—Pasaba yo anoche, á cosa de las siete por el puerto, cuando vi que delante de mí caminaban dos bultos negros.

(1) Véase el número anterior.

(2) Especie de tambor de hierro agujereado, en cuyo hueco se colocan las castañas sobre la llama; tiene un largo mango de hierro que sirve para darle vueltas.

—¡Jesús! exclamaron todos santiguándose.

—Al sentir mis pasos, los bultos se pararon. Cuando me cercioré de que andaban y se paraban lo mismo que nosotros, os confieso que tuve miedo, pues al principio creí que fuesen los dos pinos que hay mas arriba de donde está la fuente, aunque me hallaba algo distante para poderlos divisar.

—¿Con que no eran pinos los que se movían?

—Buenos pinos eran, como hay Dios. Pues señor, yo me paré también sin saber qué partido tomar: no me atrevía á proseguir mi camino, porque se hallaban parados en la mitad de él: no me atrevía á retroceder, porque tenía que llegar aquella noche á mi casa en donde mi padre me aguardaba con impaciencia.

—¿Pues qué hiciste?

—Lo que hubieras hecho tú en mi lugar: estarme quieto, y rogar á Dios para que me librara de las garras de aquellos aparecidos.

—¡Oh! ¡oh! exclamaron todos los circunstantes: ¿con que eran aparecidos?

—Silencio, repito, dijo Inés haciendo un gesto de impaciencia.

—Como iba diciendo, me paré en el camino, y considerando sin duda aquellos dos bultos la mala obra que me hacían manteniéndose en el crucero, desaparecieron por una ladera abajo. Largo rato permanecí sin moverme por ver si volvían á aparecer, hasta que convencido de que se habían marchado definitivamente, me decidí á seguir adelante. Al llegar al recodo en donde está colocada aquella cruz de hierro, que nadie ha sabido todavía quien fué el que la puso, quedé helado de espanto al oír que hablaban muy cerca de mí.

Todos los circunstantes cesaron sus labores y fijaron intensamente su atención en la historia que iba haciéndose interesante. Gaspar se limpiaba con el reverso de la mano el copioso sudor que corría de su frente, y miraba de soslayo á Inés, que con una curiosidad infantil tenía fija su vista en el narrador. Este prosiguió.

—Mi primer movimiento fué ocultarme en un matorral que por acaso estaba cerca, y temblaba de pies á cabeza temiendo una desgracia. Entonces vi aparecerse entre la niebla los mismos bultos negros que tanto me habían asustado antes: hablaban, hablaban, y por mas esfuerzos que hice para escuchar su conversacion, que sin duda sería interesante, no pude comprender una palabra.

—Eres muy tonto, Miguelon: interrumpió Gaspar. ¿Crees acaso que los aparecidos hablan en vascuence?

—Tiene razón Gaspar: repusieron los demás.

—Si me interrumpis á cada paso, me callo.

Esta amenaza hizo sellar los labios de todos los interruptores.

—Proseguid, Miguel, y no les hagais caso, dijo Inés con dulzura.

—Prosigo, pues, y digo, que los bultos llegaron tan cerca de mí, que con alargar la mano hubiera podido coger sus vestidos. El miedo y el frío de la niebla me hacían tiritar. Sin embargo, pude observar que el metal de voz de una de las sombras era muy suave, y que el de la otra no lo era tanto. Llegáronse á la cruz, y ¿qué os parece que hicieron?

—La arrancaron tal vez? exclamó Gaspar con viveza.

—O la escupieron, añadió Dolores: ¡oh! los demonios no pueden tolerar la presencia de la cruz.

—Ni una cosa ni otra: yo también creí que iban á profanarla, y si he de decir la verdad, no hubiera estrañado el que se la llevasen, pues mas parece brujería que otra cosa. el que haya aparecido de la noche á la mañana aquella cruz en un sitio tan desierto.

—Sobre eso hay mucho que hablar, repuso Gaspar. La cruz siempre es un signo sagrado aunque no se sepa quién la coloca.

—Así será sin duda, y los aparecidos deben pensar lo mismo que vos, pues se arrodillaron á su pie, y sentí que gemían y lloraban....

—¿Qué lloraban has dicho, Miguel?

—Te lo puedo jurar: lloraron largo rato. Una de las sombras abrazó la cruz, colocó yo no sé qué objeto en uno de sus brazos, y desaparecieron en direccion á Urdós.

—¿Y no viste lo que dejaron?

—No por cierto. Apenas los perdí de vista y noté que el ruido de sus pisadas se perdía en el espacio, salí de mi escondite y corriendo cuanto pude, llegué á casa mas muerto que vivo.

Gaspar quedóse pensativo, y los demás muy pesarosos de que tan pronto se hubiese concluido la historia maravillosa. Encontrábanse aun bajo la influencia del terror que naturalmente ejerce en aquellas sencillas gentes toda narración con visos de sobrenatural, cuando se sintieron en la puerta del caserío tres golpes fuertes.

Las mugeres lanzaron un agudo grito y fueron á refugiarse á espaldas de los hombres, que pálidos á su vez quedaron inmóviles, fijos los ojos en la puerta de la cocina por la cual esperaban ver avanzarse hacia ellos las dos sombras que tanto miedo habían causado á Miguel la vispera.

Otros tres golpes mas fuertes aun volvieron á oírse; pero esta vez á los golpes acompañaba la voz de un muchacho que gritaba:

—¡Gaspar, Gaspar! abrid pronto que me muero de frío.

—Que me maten, exclamó Pedro, si no es la voz de Damian el monaguillo.

—¿Y qué diablos quiere ese muchacho á estas horas? no te fies Gaspar, añadió otro viendo que el amo de casa se dirigía á abrirle la puerta.

—¡Gaspar, Gaspar! gritaba en el interin á mas y mejor el monago.

—¡Allá voy: demonio de muchacho, contestó aquel, y desapareció.

Las mugeres seguían aparapetadas detrás del sexo fuerte, y á pesar de que no hubo una que dejase de conocer la voz del muchacho, no se decidían á abandonar su posición. Pero todas las dudas é incertidumbres cesaron, cuando vieron al amo de casa que entró en la cocina precediendo á un rapaz molettado y colorado que soplabá las puntas de los dedos.

—¡Calla! dijo al observar que los hombres estaban armados de tenazas y tizones en escudron cerrado, y que las mugeres asomaban la cara por entre hombro y hombro de sus defensores. ¿Qué significa esto?

—¡Maldito seas, amen! exclamó Pedro arrojando las tenazas: buen susto nos has hecho pasar.

Las mugeres se echaron á reír y fueron á ocupar sus asientos.

—¿Pero acabarás de decirme lo que te trae por acá, mala cabeza? exclamó Gaspar.

—¿Lo que me ha traído? dijo el muchacho haciendo una mueca: en primer lugar mis piernas: y en segundo, el viento que sopla, frío como un condenado.

—Ya: pero tú no habrás venido sin objeto.

—Claro está, respondió Damian: he venido á cenar; y según veo llego á tiempo.

—Pues te llevas chasco, repuso Inés. No cenas si no revelas el objeto de tu viaje.

—Apuesto á que ha cometido alguna picardiguera, exclamó Dolores.

—Eso es: dijo el monago. Como si yo anduviese á salto de mata ó ocultándome de las gentes para dar ó recibir un beso de mi novia....

Dolores se puso encarnada como la grana y Pedro se levantó diciendo:

—Merecias que te arrancase la lengua, fision.

—En cuyo caso no podría cumplir con el encargo que me han dado para Gaspar; contestó el muchacho con la mayor flemma.

—¿Para mí?

—Sí, para vos.

—¿Quién? preguntó el pastor admirado.

—¿Prometeis darme de cenar? dijo el travieso rapaz.

—Te lo prometo.

—Y cama además; porque yo no pienso volver á Errazu esta noche.

—Y cama también te se dará.

—En ese caso....

—Vamos, acaba: no tienes poca calma....

—¿Ya conocéis á don Fermín?

—¿Nuestro buen parroco? ¿quién no lo conoce?

—¿Bueno, eh? replicó el monago. Para vosotros lo será, lo que es para mí no guarda mas que azotes y sermones.

—Porque eres malo, Damian: dijo Dolores.

—Y fision, añadió Pedro.

—Ni tampoco lo respetas como debieras, repuso Inés.

—Eso, eso; echadme encima mis pecados y los ajenos, gritó Damian. Pero lo que siento es que me riña Inés á quien quiero tanto....

—Ya, ya: pero todavía no me has dicho lo que el párroco te ha encargado para mí, interrumpió Gaspar, que se daba á todos los diablos con la flemma del monago.

—Me ha comisionado para que os encargue de que mañana sin falta vayais á verlo.

—¿Nada mas?

—Nada mas.

—Enhorabuena: y puesto que os quedais aquí á pasar la noche, iremos juntos. Con que vamos á cenar, vecinos, y dejemos el trabajo en el nombre de Dios.

Sirvióse la cena frugal de los caseríos vascongados, y cada cual se retiró á su morada. El monago roncaba cinco minutos despues; Inés dormía tranquilamente, y solo Gaspar al volverse en el lecho buscando una postura cómoda para conciliar el sueño, murmuró:

—¿Quiénes serian los que lloraban al pié de la cruz? ¿qué querrá de mí el señor cura?

## CAPITULO III.

## ESCENA DE FAMILIA.

Gaspar acompañado de Damian marchó á Errazu á la mañana siguiente. Cuando volvió al caserío era ya entrada la noche, y al abrazar á Inés notó esta en el noble semblante del montañés cierta gravedad y reserva á que no estaba acostumbrada. Comprendió que su entrevista con el cura de la villa, había versado sobre algun asunto importante, pues no recordaba haber observado en Gaspar muestras de preocupacion semejante, exceptuando los días en que falleció Mari, y el en que Bart sucumbió á impulso de un accidente.

El montañés se sentó junto al fuego taciturno y pensativo, mientras una jovencita que hacia veces de criada, preparaba la cena. Inés cosía silenciosamente y cuando á hurtadillas dirigía alguna mirada al pastor, veíalo menear la cabeza y tararear sin hilación ni concierto una balada antigua, que no era por cierto la de Diego Ezquerria, reservada para los días de buen humor.

De repente Gaspar alzó la cabeza, y dijo en tono brusco y desabrido:

—Vamos á cenar.

Inés se estremeció toda, cayósele la labor de las manos y miróle asustada.

La criada se apresuró á obedecer el mandato lacónico de Gaspar, y colocó una mesita baja entre sus amos.

Partió aquel el pan en menudos pedazos, sirvió un plato de legumbres á su hija, y comenzó á comer apresuradamente.

—Padre mio, se atrevió á decir Inés en voz baja: se os ha olvidado bendecir la mesa.

—Tienes razón, contestó el pastor, y rezó la oracion de costumbre.

—¿Qué teneis, padre mio? tornó á preguntar timidamente la doncella ¿os ha sucedido alguna desgracia?

—No, contestó sécamente el pastor.

Inés no pudo contener su llanto al oír aquella contestacion, y lágrimas brillantes se resbalaron silenciosamente por sus mejillas.

La cena concluyó sin que se pronunciase otra palabra. Gaspar entonces se dirigió á la criada y la dijo de una manera que no admitía réplica:

—Lucia, puedes acostarte en seguida.

La criada obedeció saliendo de la cocina y cerrando tras sí la puerta. Apenas hubo desaparecido, cuando Inés se levantó de la silla, y arrodillándose delante del pastor le dijo con angustia:

—En el nombre de Dios, decidme, padre mio, qué delito he cometido para tratarme así.

—Delito tú, hija mia, exclamó Gaspar admirado, ¿tú delincuente, angel mio?

Y al decir esto, la levantó abrazándola con efusion y cubriendo de besos su frente.

—¿Luego no estais enfadado? tornó á preguntar la doncella algo mas tranquila.

—Tú estás loca, Inés; ¿quién te ha dicho semejante cosa?  
—Como os veo tan desabrido conmigo...  
—Contigo no, te lo juro.  
—¿Pues con quién? ¡Oh! sin duda teneis algun pesar, y pensar muy grande, pues así cambia vuestro carácter naturalmente dulce y pacífico.  
—Pesar, si tengo, y como tú dices, muy grande; pero no eres tú la causa de él.  
—Vamos a ver, padre mio, le dijo Inés rodeando el cuello de Gaspar con sus brazos y acercando su rostro al del montañés: reveladme ese pesar y yo procuraré aliviaros de él.  
—¿Tú, pobre Inés? replicó Gaspar: ¿sabes acaso si al comunicarte mi pena experimentarás otra mayor?  
—Tal vez no, contestó la joven: veamos, veamos en todo caso de lo que se trata ¿no veis que estoy sobre ascuas?  
Gaspar apartó algun tanto con ambas manos el rostro de su interlocutora, y despues de contemplarlo por algun tiempo en silencio, le preguntó:  
—¿Me amas, Inés?  
—¡Oh Dios mio! exclamó esta con inquietud ¿qué quereis decirme con eso?  
—Quiero saber, Inés, si me amas.  
—Mucho amo a Dios, contestó la joven con gravedad, por que me habeis enseñado a amarle: despues de él, a nadie amo mas que a vos.  
—Gracias, hija mia, gracias. Y dime, si por un azar, por una necesidad, o por otro motivo cualquiera, hubiéramos de separarnos, ¿me amarías menos en tu ausencia?  
—¿Pues qué, acaso es lícito amar a nadie en el mundo mas que a su padre y a su madre? preguntó Inés a su vez; no lo dudeis, padre mio, lejos de vos ó a vuestro lado, os amaré toda mi vida como os amo hoy.  
—¿Y si Gaspar, el pobre Gaspar que te está hablando, no fuese tu padre? añadió el montañés con voz conmovida.  
Inés se puso pálida y miró fijamente á aquel anciano, de cuyos ojos saltaban algunas lágrimas.  
—¿Qué no sois mi padre? dijo lentamente la joven. ¿Pues quién soy yo?  
—¿Tú, hija mia? tú eres una pobre huérfana recogida por mí en los ventisqueros del puerto de Izpegui.  
—¡Una pobre huérfana! repitió Inés cruzando las manos y mirando en su derredor melancólicamente.  
—¿Comprendes ahora el motivo de mi mal humor, Inés mia? porque claro está: ahora que ya sabes que no soy tu padre, no me amarás tanto como antes.  
—¡Una pobre huérfana! tornó a decir la joven. Y mientras os entregabais á los rudos trabajos campestres, mientras el sol canicular tostaba vuestras mejillas, y el frío del invierno abría grietas sangrientas en vuestras manos, yo, la huérfana recogida por caridad, me hallaba vestida con lujo, abrigada de los rigores de la estación bajo la sombra de una parra ó junto al fuego del hogar...  
—¡Hija mia, hija mia! exclamó Gaspar conmovido hasta el extremo.  
—¡Oh señor! dijo Inés: dejadme que bese humilde vuestras manos; sois para mí un santo.  
—Inés, Inés ¿con que ya no me amas? He aquí lo que yo temía, gritó Gaspar con desesperado acento.  
—Amoros, dijo la joven; amoros sería demasiado poco; os amo como a padre; os venero como a los santos.  
—¿Es decir que no he perdido tu cariño? No me engañas, ¿es verdad? ¡Oh! El engañarme ahora sería una negra traición, la ingratitud mas horrible; ya ves, acostumbrado a amarle desde niña, he gozado de tu cariño tanto tiempo, que me moriría de pena si hubiese de renunciar á él tan de repente.  
—No lo temais, señor; respondió la joven.  
—Señor, señor; ¿es que ya no quieres llamarme padre? exclamó Gaspar con angustia.  
—¡Padre mio! ¡padre mio! gritó Inés llorando y arrojándose á los brazos del anciano.  
—Sí, tu padre, tu padre, hija querida; desgraciado del que trate de usurparme este título; abraza, Inés, á este anciano que por tí vive; abrázalo; tú has sido su alegría; tú has deramado la felicidad en su casa; abrázalo otra vez y otras mil.  
Y Gaspar lloraba de gozo como un niño, é Inés sollozaba colgada de su cuello.  
Largo rato estuvieron de este modo, hasta que el anciano separándose de Inés la hizo sentar sobre sus rodillas, y á instancias de la joven hizo relacion del modo con que la encontró en el hueco de un árbol, salvada milagrosamente por Bart; cómo él la condujo á su caserio, y el placer que experimentaba cuando la oía llamarle padre, decidiéndose á ocultarle la verdad mientras viviese.  
—¿Y mi madre? le preguntó Inés tristemente cuando hubo cesado su relacion.  
—Tu pobre madre moriría sin duda en el puerto, pues pasado algun tiempo, los pastores encontraron cadáveres de hombres, mugeres y niños sepultados en la nieve, los cuales fueron enterrados en el cementerio de Errazu. Entonces yo sin decir á nadie nada, compré la cruz de hierro que tanto ha dado que hablar en esta comarca, y con permiso del párroco, la coloqué una noche en Izpegui, en memoria de tu madre.  
—Y por eso sin duda me instábais á que me arrodillase y rezara cuantas veces hemos pasado por aquel parage; ¡pobre madre! murmuró Inés llorando.  
—Llorala, hija mia; no seré yo por cierto quien prohiba á un hijo llorar la muerte de su madre. Pero ahora, Inés, pasemos á otra cosa. Esta mañana he ido como sabes á Errazu, y he tenido una entrevista con nuestro buen párroco. Me ha hecho repetir toda tu historia, que ya antes se la habia relatado, y me ha aconsejado te descubra la verdad respecto á mí; me he resistido cuanto me ha sido posible; pero me ha persuadido de la conveniencia de darte á conocer que no eres mi hija.  
—Yo no he conocido otro padre que vos, Gaspar; y aun estoy por decir que tampoco lo deseo. Por mi voluntad nunca me separaré de aquí, y me ocuparé como hasta el día de hoy en vuestro servicio.  
—Ya: eso podrías desearlo tú; y en verdad que yo tendria tambien un placer en ello; pero mi obligacion es procurar tu bienestar presente y no descuidar tu porvenir. Escúchame con atencion, hija mia: tú eres indudablemente hija de personas muy ricas; así lo demuestran las ropas en que te encontré envuelta y conservo cuidadosamente en mi arca: has de saber ademas, que posees un bonito caudal.

—¿Yo? preguntó admirada la joven.  
—Sí, hija mia: posees dos mil duros.  
—¿Y son míos?  
—¡Pues de quien han de ser!  
—¿Y puedo disponer de ellos á mi antojo?  
—Ya se ve que sí.  
—¡Oh! ¡cuánto me alegro! exclamó Inés dando palmadas.  
—Y no te falta razon, contestó Gaspar con candidez.  
—¿Decidme, padre mio, es mucho dinero dos mil duros?  
—Ahí es nada, contestó alegremente el montañés.  
—¿Se podrán comprar rebaños y tierras?  
—Ya lo creo.  
—¿Como cuántas ovejas se podrán comprar? veamos.  
Gaspar se puso á mirar al techo, mientras la joven pasaba sus afilados dedos por entre las entrecanas melenas del pastor.  
—Cada oveja joven, vale dos duros, dijo al cabo de un rato.  
—De modo que con mil duros, se pueden comprar quinientas, añadió Inés.  
—Cada uno, respondió admirado de la prontitud con que habia calculado la joven.  
—Pues bien; yo os regalo mil duros para comprar quinientas ovejas...  
—¡Inés!...  
—Silencio, interrumpió ésta tapándole la boca con su linda mano y sonriéndose: os regalo las quinientas ovejas: os regalo otros quinientos duros para comprar tierras y cuatro hermosas vacas; y con los quinientos duros restantes, construiremos de nuevo este caserio.  
—¡Inés!... tornó a exclamar el pastor enternecido.  
—No admito réplicas: así ha de ser, en castigo de haber dudado de mi cariño.  
—Pero hija mia, déjame hablar.  
—Decid cuanto querais; pero esta resolucion mia es inalterable.  
—¿Qué buena eres, Inés! me envanezco de llamarte hija.  
—A vos os lo debo todo, padre mio, justo es que lo remunere de algun modo.  
—Bien, bien, quedamos convenidos en eso; pero escuchame, porque aun tengo muchas cosas que deciros: luego añadí por lo bajo: lo de los dos mil duros, allá veremos.  
—Ea, pues, ya os escucho.  
Y tornó á rodear con su brazo derecho el cuello del montañés, prestando la mayor atencion.  
—Con que quedamos en que eres hija de personas muy ricas. Yo me saqué esta cuenta: no debo permitir el que se ocupe de esos trabajos penosos que son el patrimonio de las pobres mugeres de nuestras montañas.  
—Eso es, dijo Inés haciendo un gracioso mohín: y héme aquí hecha una dama sin saber ninguna de las labores domésticas y campestres que tan bien desempeñan mis compañeras: por eso me llaman Inés la indiana (1).  
—Deja á esas habladoras que digan lo que quieran, contestó Gaspar. Yo llevaba mi idea al educarte como lo he hecho. Por eso, tomando consejo del párroco, coloqué tus dos mil duros...  
—Los míos no, los vuestros: se apresuró á decir Inés.  
—Bien está, los míos, prosiguió Gaspar: los coloqué en casa del escribano, hombre honrado, que me ha pagado exactamente los intereses, con los cuales, y algo que yo ahorra, he pagado tus maestras.  
—¡Ah! vuestros ahorros tambien, dijo Inés bajando los ojos.  
—Vamos, no vayáis á afligirte por eso: ¿no eres mi hija?  
—Es verdad.  
—Ahora bien. Calculando que la divina Providencia dispondría las cosas de manera que topásemos algun día con tus parientes, queria tener el placer de presentarte á tu padre, por ejemplo, y perdóneme Dios la amenaza que hice denantes contra el que justamente merezca este título: quieria, pues, poderte presentar á él diciendo: «aquí teneis á vuestra hija ó parienta; no educada como hija de un pobre pastor, sino como la de un noble poderoso.»  
—Padre mio, ¿quién mas noble que vos? exclamó Inés abrazándolo.  
—¡Buena es esa! prosiguió el sencillo montañés: no faltaba mas sino presentarte ante tus ricos parientes con las manos encallecidas y el color tostado por la intemperie... por eso, y solo por eso, encargué al párroco indagase si alguna señora de Errazu ó de alguno de los pueblos vecinos de Francia, necesitaba por acaso una señorita que fuese á su compañía para con su roce poder completar tu educacion.  
—¿Y el párroco?... preguntó Inés con ansiedad.  
—El párroco me ha dicho que ha encontrado lo que me convenia.  
—Segun eso, vais á separarme de vuestro lado.  
—La separacion será corta.  
—¿Y sabéis si yo querré consentir en ello? preguntó Inés resueltamente.  
—Calle, ¿y por qué no? preguntó Gaspar con estrañeza.  
Inés nada dijo; pero empezó á llorar.  
—Vamos, Inés, serénate y no llores, porque si no lloraré yo tambien.  
—Ya no lloro, padre, pero convenid en que es cruel separarse de las personas que uno ama.  
—Tambien yo lo siento, pardiez; pero esto te conviene: ademas de que nos veremos con frecuencia, y algun día me darás las gracias de esta determinacion mia.  
—¿Con que es cosa resuelta?  
—Mucho me ha costado resolverme; pero he considerado que todo ello se reducía á educarte en Urdós en lugar de ir á Errazu, y verte cada ocho dias en vez de cada cuatro como sucedia cuando estabas en este último pueblo.  
—Bien está: vos sois mi padre, y yo no debo hacer otra cosa que obedeceros, dijo Inés poniéndose en pie y en actitud humilde.  
—No, no: eso no lo consiento. Si la tomas por ese lado, enviaré á todos los diablos á señoras, curas y escribanos, y te quedarás conmigo.  
—¡Oh! si es que todas esas personas y vos, padre mio, habeis creído útil para mí el que pase algun tiempo en compañía de esa señora, sin duda me convendrá, y estoy dispuesta á marchar.

(1) Llámense indianos en las Provincias Vascongadas, á los que vuelven al país enriquecidos en América.

—¿Pero sin violentarte, no es verdad?  
—Lo sentiré mucho; pero me consolaré el saber que os doy gusto en ello. ¿Y qué señora es esa á cuya casa he de ir?  
—Es una francesa muy rica que ha venido á establecerse en la frontera: es viuda, joven aun, de muy buenas costumbres, segun los informes del cura, y muy estimada y respetada en Urdós. Se llama Madama de Bressens.  
—¿Cuándo ha de ser el viage?  
—Cuanto antes mejor.  
—¿Mañana?  
—Bien.  
—¿Está muy distante de aquí ese pueblo?  
—En una hora, poco mas, puedo yo llegar.  
—Segun eso nos veremos á menudo.  
—Sí, hija mia, muy á menudo.  
—¿Qué días, padre?  
—Todos los domingos: ademas he pensado una cosa. Si al cabo de uno ó dos meses te encuentras mal en compañía de esa señora, me avisas y voy en tu busca para no separarnos jamás; ¿aceptas?  
—Acepto, se apresuró á contestar Inés, Pero ¿con quién os he de avisar si me sucede alguna cosa?  
—Con Damian el monaguillo que todos los días va y viene de Errazu á Urdós.  
—Bien está, padre mio: ahora dadme un beso y pasad buena noche.  
—Adios, Inés: dijo el pastor besándola: mañana te acompañaré hasta Urdós.  
Al medio día del día siguiente salieron del caserio: ella montada en un cómodo sillón colocado sobre una mula andariaga, y él conduciéndola del diestro, con la escopeta al hombro, cantando en alta voz por no aparecer triste, y sin osar mirar á Inés que seguia el camino pensativa.  
Cuando llegaron á la Cruz de hierro del puerto, bajóse Inés de la mula y se arrodilló al pie de aquel signo de nuestra redencion; Gaspar se arrodilló tambien y ambos rogaron á Dios por el descanso de las almas de los desgraciados que murieron en la noche del 20 de enero de 1793.  
—Hija mia, dijo Gaspar ayudando á Inés á subir en la mula. Aquí murió tu madre: cuando alguna desgracia te acontezca, ó un mal pensamiento cruce por tu imaginacion, llégate al pie de esta cruz y pide á Dios te libre de él. Tu madre te oirá desde el cielo, y te servirá de intercesora.  
Un cuarto de hora despues, padre é hija entraban en el zaguan de una casa de hermosa apariencia, y situada en el lindero del pueblo de Urdós.  
(Se continuará).

## Artes é Inventos.

En la ciudad de Andelys, en la que nació en 15 de junio de 1594 el célebre pintor francés Nicolás Poussin, de cuyo pincel obran tan bellas producciones en el Real Museo de Madrid, entre ellas sobre todo el cuadro que representa la caza del Meleagro, ha sido poco ha erigida una estatua de bronce, que representa á Poussin en tamaño natural. Pronunció el discurso inaugural el obispo de Evreux, seguido por los miembros de la academia nacional señores Raul Rochette y Adam.  
—El conocido constructor de pianos, Sax, establecido en París, ha hecho una invencion de suma importancia para el perfeccionamiento de los forte-pianos en beneficio de la fuerza y limpieza de las voces. La reforma es muy sencilla, pero de grande efecto, y consiste en aumentar el efecto de la chapa de la armonia, elevando el puente proporcionalmente como en un violín, de manera que las cuerdas formen un ángulo como de unos treinta grados.  
—Una de las perlas que mas brillaron en la última esposicion general de pinturas de Dusseldorf es el cuadro al oleo ejecutado por el aventajado pincel de Leon Cogniet de París que representa á Tintoretto retratando el cadáver de su malograda hija. A Tintoretto le arrebató la desapiadada guadaña de la muerte una hija de peregrina belleza y gracia. Repugnaba Tintoretto como padre y como artista el abandonar á la madre tierra tanto encanto sin conservar al mundo una imagen, un destello de tan dulce y preciosa prenda. Cogniet, ha sabido reproducir de una manera tiernísima el doloroso efecto que produjera al corazón paternal el verse constituido instrumento para eternizar á su desgraciada hija, medio oculta en la mortaja fatal. Este mismo cuadro ha llamado muchísimo la atencion de cuantos han acudido á la esposicion de Bruselas, de donde habia sido llevado á la de Dusseldorf.  
—El hermoso grupo de las Amazonas de un tal Kiss, que tanto ha sido admirado en la esposicion universal de Londres, fué comprado en 2,500 libras esterlinas por la ciudad de Filadelfia, cuya suma ha sido satisfecha al artista en el acto de la entrega. El marqués de Westminster y la City de Londres están en tratos para tener otros dos.  
—Obra de mucho mérito debe ser el magnífico sarcófago que encierra las cenizas del último soberano de Suecia, tallado de pórfido segun el modelo del antiguo y célebre mausoleo de Agripa en Roma. Los dos trozos de pórfido que al efecto fueron puestos á disposicion del artista, pesaron trescientas cincuenta libras maritimas.  
—En Worcester, Estados Unidos del Norte-América, se ha inventado una máquina que extrae del agua el oxígeno, convirtiéndole en gas de iluminacion. El gasto se concreta á la compra de la máquina, puesto que no se necesita ya de otra sino del agua que con la corriente eléctrica que desarrolla la máquina se descompone.  
Un trabajo diario de cinco minutos en cada dos horas es suficiente para poner en movimiento la máquina y producir hasta 250 pies cúbicos de gas. La máquina es tan sencilla que un hombre puede llevarla debajo del brazo y cuesta 400 dollars. (4 dollar, 20 rs. y 20 mrs.)

MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, numero 8

Las bellas artes en caricatura.



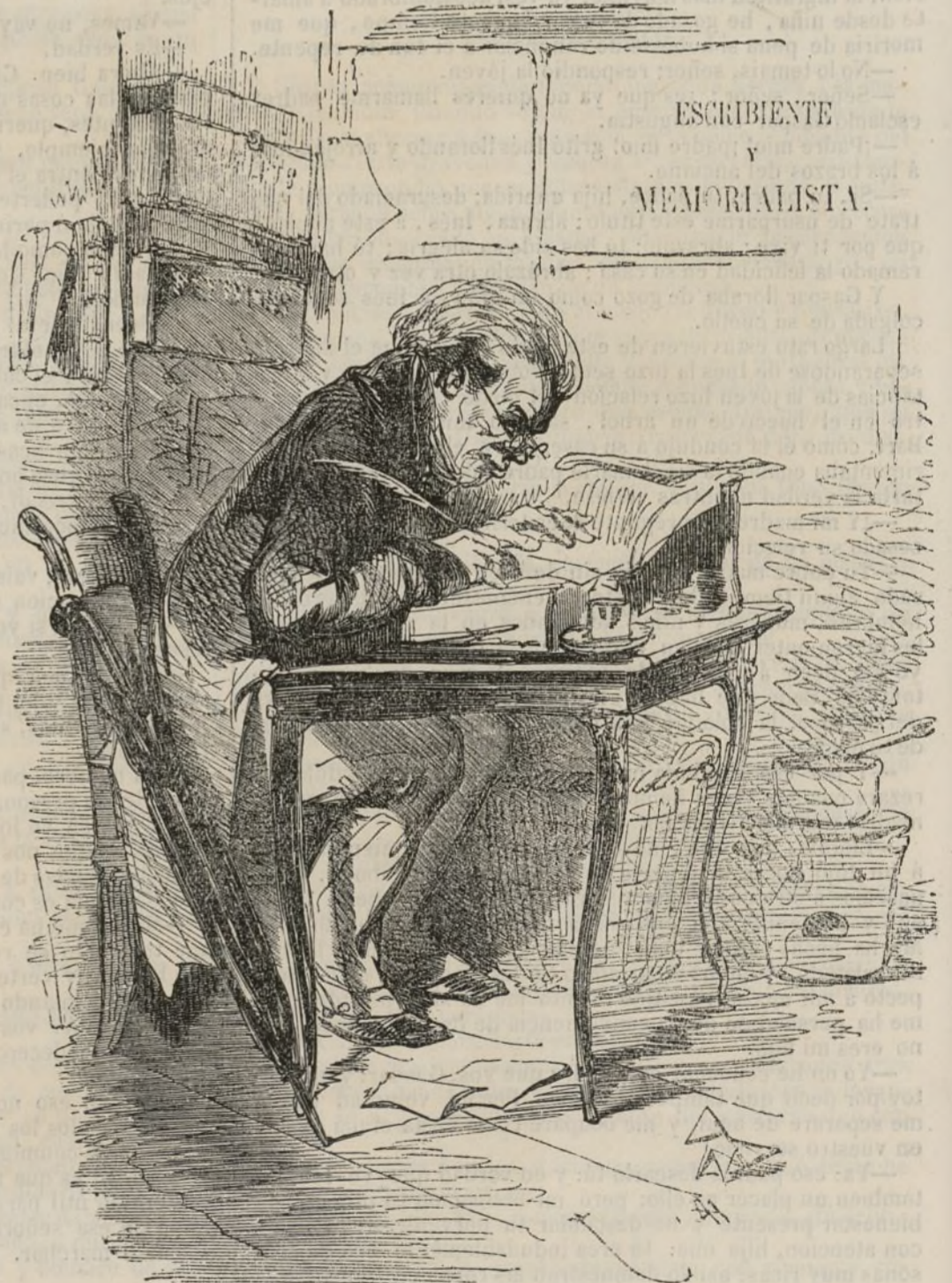
LA PINTURA.



LA MÚSICA.



LA ESCULTURA.



ESCRIBIENTE  
Y  
MEMORIALISTA.

LAS LETRAS.